

CAPPELLETTI, Angel: *Las teorías del sueño en la Filosofía Antigua*. Edic. del Centro de Estudios Pedagógicos "Ignacio Burk", Caracas, Venezuela, 1987.

El conocido historiador del pensamiento antiguo, Dr. Angel Cappelletti, ofrece otro valioso aporte al elenco de su producción. El tema de los sueños y de la adivinación si bien tiene larga tradición de estudios en la Antigüedad, no es una cuestión abordada con frecuencia en la Historia de la Filosofía griega. Esto hace que, pese a su alto y profundo interés, tenga un lugar apartadizo en la bibliografía. El autor hace centro de su indagación precisamente los abismales problemas de los sueños y la adivinación.

A modo de estudio introductorio el autor ofrece en su libro un breve examen de la importancia que tales temas poseen en la psicología, la antropología, la historia de la filosofía y de las religiones.

El propósito de la obra es pasar revista a las teorías psico-fisiológicas del dormir y a las diferentes explicaciones de la naturaleza y origen de los sueños y sus relaciones con las sensaciones, la memoria, la fantasía, la emoción y las pasiones. El horizonte de la búsqueda se extiende, además, a la adivinación por el sueño y a los fenómenos de la percepción extrasensorial.

Junto a esas cuestiones aparecen en el libro de Cappelletti los problemas gnoseológicos y ontológicos que plantean el sueño a los filósofos de Grecia y Roma.

Aborda el autor los temas aludidos con metodología histórico-filosófica, manejada con firme conocimiento de las fuentes, interpretación adecuada de los textos e información bibliográfica actualizada. Enriquecen el contenido del libro oportunas referencias a las respuestas actuales a dichos problemas.

¿Cómo desarrolla el autor estas cuestiones? Lo hace siguiendo el curso histórico de la filosofía griega y romana. Presenta inicialmente los problemas que plantean el sueño y los sueños en la filosofía prearistotélica. Pasan por esas páginas las explicaciones del médico Alcmeón de Crotona, Heráclito, Empédocles de Agrigento, Anaxágoras, Demócrito y su interpretación atomista del origen del dormir. Entre los sofistas, recuerda a Antifón de Atenas, que escribió un libro sobre la interpretación de los sueños.

En esta primera parte de su obra, Cappelletti presenta las ideas sobre los sueños de Sócrates, Platón y de Hipócrates. En Sócrates el sueño es mera expresión de deseos. En Platón, ni el sueño ni la vigilia en cuanto determinados por la sensación y la fantasía nos ponen en contacto con la realidad en sí, a la cual sólo accedemos en esa especie de contrasueño o de supervigilia que es la contemplación de las ideas. Lo más interesante de la teoría de los sueños de Platón está en la *República* (571, A-572, B), allí examina el filósofo las diferentes clases de deseos, entre los cuales hay algunos que la conciencia considera ilícitos, reprimiéndolos. Estos deseos reprimidos se liberan y aparecen en las imágenes fantásticas de los sueños. Platón se anticipa así a la definición del sueño en el análisis de Freud, para quien "el sueño es la realización (disfrazada) de un deseo reprimido".

Por su parte, la originalidad de Hipócrates consiste en haber elaborado una teoría de los sueños como reveladores de la salud o de la enfermedad del cuerpo. El sueño es común a todos los animales. Ofrece una interpretación psico-fisiológica y de aplicación terapéutica en algunas perturbaciones y enfermedades del hombre.

A la doctrina aristotélica del sueño y la adivinación dedica Cappelletti tres capítulos de su obra, lo cual destaca ya de suyo la atención y la importancia que da a las ideas del Estagirita. Explica primero la psicofisiología del sueño en Aristóteles. Señala el valor de la contribución del filósofo griego a la psicología del sueño. Escribe a este respecto: "Ninguno de los biólogos, filósofos de la naturaleza o médicos que precedieron a Aristóteles nos dejó una teoría tan completa, fundada y coherente, como la de éste sobre el fenómeno del sueño" (p. 46). Y concentra la teoría del dormir en Aristóteles en los siguientes puntos:

"1. Se relaciona con la teoría del sentido común, al cual se le atribuye la función de proporcionar al sujeto percipiente la conciencia de sus propias percepciones. . . El estagirita brinda de este modo, una visión más amplia del dormir (y del soñar), ya que logra integrar tales fenómenos en el conjunto de las funciones y operaciones del conocimiento sensitivo, no sin vincularlos, al mismo tiempo, al funcionamiento de los órganos corporales, esto es, a la fisiología".

"2. En cuanto todos los animales están dotados de alma sensitiva, todos los animales duermen; y en cuanto todos los vegetales

carecen de ella (ya que sólo tienen alma vegetativa), todos los vegetales son inmunes al dormir”.

“3. Para definir el sueño (el dormir) Aristóteles recurre a una analogía mecánica. Dice que es un lazo o vínculo que amarra la capacidad común de sentir y que la vigilia (el despertar) es la disolución de dicho lazo o vínculo. . . . La meta del sueño es la vigilia, la cual constituye el estado de plenitud y perfección de la vida animal. El dormir sirve, pues, para reparar las energías vitales gastadas y para posibilitar la continuación de la actividad sensorial consciente”.

“4. El órgano del sentido común (su sensorio) es el corazón, en lo cual Aristóteles se diferencia de Platón y otros autores más antiguos (como Alcmeón), que sitúan el centro del control sensorial en el cerebro. En aquellos animales que carecen de corazón el órgano viene a ser una parte análoga”.

“5. Por otro lado, el corazón constituye también, para el estagirita, el órgano del sentido del tacto (que es el sentido básico o biológicamente fundamental en todos los animales) y el órgano del movimiento. El hecho de que el órgano central de la sensación sea idéntico al de la locomoción se entiende bien cuando se tiene en cuenta que todo movimiento tiene su origen en una sensación propiamente dicha o en una imagen o emoción originadas en la sensación”.

“6. Esto explica, en primer lugar, por qué la causa eficiente del dormir es el movimiento (de una masa compacta), hacia el cerebro primero y después hacia el corazón, y por qué el movimiento se vincula con la conciencia que tenemos de los sueños”.

“7. Tal vinculación entre sensación y movimiento explica también, en segundo lugar, por qué el dormir se inicia como cansancio o fatiga (por exceso de conciencia sensorial) y por qué se presenta como una necesidad de descanso”.

“8. Desde el punto de vista fisiológico (que Aristóteles nunca deja de la lado), el dormir se relaciona con el proceso nutritivo. La evaporación de los alimentos, que se produce en el estómago, sube hacia el corazón, originando el adormecimiento o sopor. . . .”.

“9. La duración del sueño tiene su límite de desarrollo y total realización de una tarea fisiológica, a saber: la digestión y la separación de la sangre pura (que debe circundar el cerebro y los

sensorios) y la sangre impura que se dirige hacia las partes centrales e inferiores del cuerpo”.

Esta consideración psico-fisiológica del dormir sólo después de Harvey y Vasalio puede decirse que empezó a perder vigencia. Cappelletti hace una rápida incursión al estado actual de la investigación sobre este tema.

En otras páginas, el autor estudia prolijamente la naturaleza y origen de los sueños en Aristóteles. Estima que algunas de sus respuestas a dichos problemas siguen siendo valiosas y significativas para la ciencia actual, mientras que otras, aunque indudablemente superadas, tuvieron en su tiempo el no menos indudable mérito de abrir senderos para la exploración científica de esta parte oscura y abismal de la vida, que son los sueños.

Cappelletti resume en las siguientes conclusiones esta parte la investigación aristotélica.

“1. Los sueños se dan siempre en el dormir y éste se caracteriza como un estado durante el cual el sujeto pierde contacto sensorial con el mundo externo. En el dormir no encontramos sólo sueños, sino también juicios y operaciones”.

“2. Mientras dormimos dejamos de percibir tanto los sensibles propios como los comunes. Los sueños no pueden reducirse a la actividad de los sentidos externos o del sentido común. Pero tampoco a la opinión o a una operación cualquiera del entendimiento”.

“3. Los sueños tienen su origen en la misma facultad que produce las ilusiones durante la vigilia, es decir, en la imaginación o fantasía. Se los debe considerar, pues, actos del alma sensitiva, en cuanto la imaginación o fantasía, forma parte de la misma”.

“4. Los órganos sensoriales quedan impresionados por los objetos sensibles no sólo mientras ejercen sus funciones específicas sino también después que dejaron de hacerlo. Más aún, tal impresión de los objetos sensibles se produce también en el corazón, órgano del sentido común, de la fantasía y de la memoria”.

“5. Las emociones, como el miedo y el deseo suelen alterar en los sueños tales imágenes (o sensaciones conservadas) y dan la pauta a la fantasía en su continua manipulación de las mismas”.

“6. Los movimientos originados en las sensaciones se dan tanto en la vigilia como en el sueño, pero cuando dormimos adquieren más fuerza y soltura, porque en la vigilia, cuando los sentidos y el entendimiento funcionan plenamente, dominan tales movi-

mientos y los relegan a un segundo plano, mientras en el sueño, al quedar inactivos los sentidos y al no funcionar a plenitud el entendimiento, se desarrollan sin traba ninguna”.

“7. Las imágenes oníricas no se forman en las sujetos demasiados jóvenes y cuando hay urgentes movimientos internos provocados por la evaporación de los alimentos”.

“8. A veces, sin embargo, dichos movimientos internos tienen un efecto deformante sobre las imágenes oníricas y dan lugar a sueños incoherentes y monstruosos. Esto sucede en los que padecen enfermedades mentales, fiebres, ebriedad, etc.”.

“9. Las ilusiones en general, y las oníricas en particular, se originan en el órgano del sentido común (es decir, en el corazón), cuando dicho sentido supone que un objeto sensible ha actualizado el respectivo sensorio, sin que tal objeto exista en realidad, o cuando su actividad de árbitro queda, en general, interrumpida o detenida”.

“10. Durante la vigilia, los hombres padecen diversas ilusiones por obra de sus pasiones y sus sentimientos. Lo mismo sucede durante el sueño, porque, al bajar mucha sangre al corazón, bajan simultáneamente los movimientos actual o potencialmente implicados en la sangre”.

“11. Las imágenes fluyen durante el sueño sin solución de continuidad, y tanto ellas como los movimientos residuales de las sensaciones que con ellas se vinculan no surgen al nivel de la conciencia sino sucesivamente y unas detrás de otras, de acuerdo con los movimientos de la sangre”.

“12. Hay sueños durante los cuales tenemos conciencia de estar soñando y otros en los que no la tenemos”.

“13. También se producen estados intermedios entre el sueño y la vigilia, en los cuales el sujeto percibe sonidos, sabores, luces, etc., de un modo atenuado o deformado”.

“14. El sueño está constituido —según todo lo dicho hasta aquí— por imágenes que se dan mientras el sujeto duerme, por oposición a las que se dan durante la vigilia, en plena salud o como consecuencia de la fiebre u otra enfermedad, sin embargo, no todas las imágenes que se originan mientras el sujeto duerme forman parte del sueño”.

“15. Hay individuos que nunca han tenido sueños o que sólo los tienen en su vejez. Ello se debe a que en los mismos se da abun-

dante exhalación ascendente que al bajar produce un fuerte movimiento, lo cual impide los sueños. Cuando llegan a viejos, la edad o las emociones pueden producir en ellos una disposición contraria, y así comienzan, entonces a soñar”.

Piensa Cappelletti que cuanto Aristóteles escribió sobre los sueños le inducen a pensar que no sólo planteó los problemas principales en torno a los sueños, sino, que se detuvo largamente en su solución. Más aún: está convencido que sus respuestas a esos problemas continúan siendo valiosas y significativas para la ciencia actual, mientras que otras han sido indudablemente superadas.

A los sueños y la adivinación en el filósofo de Estagira consagra el autor otro capítulo en su libro. Esta parte la fuente ha sido *De divinatione per somnum*, que pertenece a la etapa de madurez del pensamiento aristotélico.

Las tesis más importantes sobre el carácter adivinatorio de los sueños, las reúne Cappelletti de esta manera:

“1. Puesto que la mayoría de los hombres atribuye a los sueños cierto carácter adivinatorio, debe suponerse que tal situación se funda en la experiencia. Sin embargo, puesto que ignoramos las causas de la adivinación onírica, debemos adoptar frente a ella una actitud de cautela”.

“2. Es absurdo suponer que Dios interviene directamente en los sueños, para comunicarle algo a cada individuo. Pero no es fácil explicar, si, prescindimos de la intervención divina, por qué algunos hombres pueden predecir hechos a suceder en los confines del orbe”.

“3. Los sueños adivinatorios son ya causas, ya signos de acontecimientos futuros. Muchas veces, sin embargo, son meras coincidencias”.

“4. Mientras dormimos se nos revelan los síntomas de aquellas enfermedades que ya padecemos pero que durante la vigilia no advertimos, pues nuestra atención permanece entonces ocupada por la percepción de los objetos sensibles que nos rodean”.

“5. Así como en sueños perseguimos a veces lo iniciado en la vigilia, otras veces no hacemos sino continuar en la vigilia lo comenzado en los sueños”.

“6. Muchos sueños no pueden considerarse signo ni causas de los acontecimientos futuros y, si se realizan, es por pura casuali-

dad. La casualidad, obviamente, no se produce la mayoría de las veces”.

“7. Aunque no se puede admitir una intervención directa de Dios en los sueños adivinatorios, pues de ellos participan muchos hombres vulgares e inclusive algunos animales, cabe afirmar que tales sueños son “divinos”, en cuanto son producidos por la naturaleza, la cual es, en cierto modo, divina”.

“8. Los individuos melancólicos y locuaces suelen tener muchas visiones y no es extraño que, entre ellas, algunas lleguen a realizarse (por ley de probabilidad)”.

“9. Los anuncios de enfermedades contenidos en sueños no se cumplen a veces porque sobreviene un factor imprevisto y poderoso que impide la aparición de la enfermedad anunciada”.

“10. Muchos sueños no pueden explicarse como meras transformaciones de experiencias sensoriales diurnas. Por su contenido aparecen como «fantásticos» y van más allá de toda realidad cotidiana. Tales son las que tienen orígenes extraordinarios (por el tiempo, el lugar, el tamaño) y sobrepasan el poder del hombre. Pueden explicarse, sin embargo, por los movimientos que, a partir de objetos más o menos distantes, llegan hasta el alma del durmiente. Este los percibe mejor que en la vigilia, porque el aire nocturno, menos agitado, resulta transmisor más fiel que el diurno, y también porque, al dormir, el cuerpo capta los movimientos sutiles de las cosas con más facilidad que durante la vigilia. Quienes sueñan pueden anticipar así el porvenir y contemplar de lejos hechos extraordinarios que exceden sus normales capacidades sensoriales. Esto sucede inclusive en individuos comunes, carentes de toda superioridad intelectual”.

“11. La capacidad de prever el futuro, propia de ciertos enfermos mentales, se explica por el hecho de que en ellos los movimientos interiores no suelen oponer obstáculos a los movimientos provenientes del exterior, por lo cual éstos son fácilmente captados”.

“12. Algunos individuos pueden prever en sueños lo que sucederá a sus parientes y amigos porque se preocupan mucho por sus vidas y están pensando de continuo en ellos. Porque los conocen bien, conocen asimismo sus movimientos sensoriales y sus reacciones”.

“13. Los melancólicos se muestran más capaces de anticipar en sueños el futuro porque, impacientes por naturaleza, no pue-

den aguardar la llegada de los acontecimientos y los obligan, por así decirlo, a presentarse ante ellos antes de tiempo. Además, su fantasía suele ser muy inquieta y hace que las imágenes desfilen con gran velocidad”.

“14. Los mejores intérpretes de sueños son, por lo general, los individuos dotados de una mente analítica y sutil. Ellos se muestran capaces de captar rápidamente las imágenes fragmentadas, sujetas a movimientos psíquicos muy violentos o a perturbaciones somáticas producidas durante el sueño”.

En conclusión: para el autor los sueños adivinatorios son estudiados por Aristóteles desde una perspectiva naturalista. Rechaza toda intervención sobrenatural, pero advierte el carácter “divino” de la naturaleza misma, autora de los sueños adivinatorios.

Con un capítulo sobre el sueño y los sueños en la filosofía postaristotélica termina este libro de Cappelletti. Con la claridad que caracterizan todas sus páginas estudia el tema en los epicúreos y los estoicos, en los neoplatónicos. Entre los primeros detiene su atención en las explicaciones de Lucrecio, en la filosofía romana. De los estoicos presenta las reflexiones de Zenón de Citium y de Crisipo, entre los griegos, y de Marco Aurelio en el estoicismo tardío de Roma.

Los neoacadémicos pasan por estas páginas finales de libro con las ideas de Arceliso y de Carméades. Y entre los neoplatónicos con el estudio de los sueños en Filón de Alejandría.

*Diego F. Pró*